

Francisco Fuster

Insobornable

Vida de Gaziél



Galaxia Gutenberg

FRANCISCO FUSTER

Insobornable

Vida de Gaziél

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2026

© Francisco Fuster, 2026
© de las imágenes del encarte: Biblioteca Nacional de Catalunya, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 549-2026
ISBN: 979-13-87605-90-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Al meu amic Joan del Alcàzar

Todo intelectual, cuando se ha hablado de todo, es siempre, por definición, un creador de libertad. Pues bien, la libertad se crea siendo libre, de la misma manera que el movimiento se demuestra andando.

JOSEP PLA

«Media hora con Josep Pla: autoentrevista»
Revista de Catalunya (1/VI/1927)

Índice

Las palpitaciones de los tiempos	15
1. Gaziél antes de Gaziél (1887-1914)	19
2. Deseo de ser periodista (1914-1923)	43
3. Cataluña, España, Europa (1923-1931)	83
4. Una República sin republicanos (1931-1936)	105
5. Guerra Civil y exilio (1936-1940)	165
6. Otoño en Madrid (1940-1953)	205
7. Resurrección y muerte (1953-1964)	237
Bibliografía citada	287

FRANCISCO FUSTER

Insobornable

Vida de Gaziél

Las palpitaciones de los tiempos

Aunque sus memorias se subtitulen *Historia de un destino*, Agustí Calvet jamás sospechó que iba a convertirse en Gaziél. Fueron circunstancias azarosas –lugar adecuado, momento adecuado– las que propiciaron que alguien llamado a ser un profesor de Filosofía o un intelectual *noucentista*, «prototipo de la fábrica de académicos catalanistas que estaba institucionalizando Enric Prat de la Riba»,¹ hoy sea considerado uno de los periodistas españoles más destacados del siglo xx. Y eso a pesar de que en 1928 respondió a una encuesta afirmando que se consideraba un simple *reporter*, cuya única misión consistía en «cazar febrilmente uno de los innumerables insectos que de continuo cruzan el cielo de la actualidad, clavarlo con la punta de nuestra estilográfica, y ofrecer al público –unos como puro espectáculo, otros como enseñanza amena– el rudo estremecimiento de las alas irisadas vibrando con una suprema e instantánea palpitación vital».²

Su fulgurante ascenso y consolidación dentro del gremio, entre la Primera Guerra Mundial y la guerra civil española, le valieron para que Josep Pla dijese que había sido «la figura más señera del

1. Jordi Amat, «Gaziél, periodista», en Gaziél, *De París a Monastir*, prólogo de Jordi Amat, Barcelona, Libros del Asteroide, 2014, p. XI.

2. Gaziél, «Sobre el reportatge», en *Obra dispersa*, edición de Manuel Llanas, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2020 [1928], p. 63 [todas las traducciones al castellano de fuentes en catalán u otra lengua son mías].

periodismo peninsular durante casi un cuarto de siglo».³ Su colega y compañero en *La Vanguardia*, Augusto Assía, fue incluso más allá al calificarlo como «el escritor más lúcido que ha dado España entre las dos grandes guerras».⁴ Mucho antes, en el prólogo que escribió para su *Obra catalana*, el historiador Josep Benet concluyó que el autor de la obra allí reunida era «uno de los personajes peor conocidos, incomprensidos y difamados»⁵ del siglo xx catalán. Afirmaciones paradójicas, pero ciertas. Durante los años que median entre 1914 y 1936, Gaziél fue uno de los mejores. Desde ese momento y hasta la fecha ha sido, también, uno de los intelectuales más cuestionados por un sector de la cultura oficial catalana.

En el nacimiento de este estado de opinión contrario confluyen razones de naturaleza distinta, si bien todas ellas derivan, en última instancia, de la clara animadversión con que, a veces desde un conocimiento parcial de su producción, diferentes generaciones del catalanismo han juzgado la trayectoria vital e ideológica gazielana. Probablemente la más relevante de ellas es la acusación que siempre pesó sobre él, como una espada de Damocles, de ser un traidor que renunció a la lengua catalana y al ideario catalanista, desde su llegada al periódico propiedad de la familia Godó, en 1914. En esa temprana adopción del castellano como instrumento de trabajo estaría el origen de la leyenda negra, construida en la década de los veinte (coincidiendo con un momento de gran crispación del catalanismo, en el contexto de la dictadura de Miguel Primo de Rivera), del periodista *botifler* que «habría vendido el alma al ideario españolista del diario en el que trabajaba».⁶

3. Josep Pla, «Gaziél y su *Vila del vuit-cents*», *Destino*, n.º 842, 26/IX/1953, p. 16.

4. José Martí Gómez, «Mi modelo fue siempre Inglaterra (entrevista a Augusto Assía)», *Revista (La Vanguardia)*, 22/IX/1994, p. 2.

5. Josep Benet, «Gaziél, escriptor català», en Gaziél, *Obres completes: obra catalana*, prólogo de Josep Benet, recopilación, ordenación y notas de Tomàs Tebé, Barcelona, Editorial Selecta, 1970, p. XVII.

6. Manuel Llanas, «Gaziél periodista vist per ell mateix: vuit escolis a un

El objetivo de esta biografía no es resolver un pleito en el que, posiblemente, ninguna de las dos partes sea capaz de convencer a la otra. Ni tengo interés en defender a Agustí Calvet de sus detractores, ni pretendo unirme al club de sus más fieles admiradores. Si la he escrito es porque me apasiona trabajar con esos primeros borradores de la historia que son los viejos periódicos. Como señaló Eugenio d'Ors a principios del siglo xx, pienso que el nombre con el que deberíamos referirnos a quienes, en aquel lejano mundo de ayer, mejor supieron escuchar «las palpitaciones de los tiempos» no es el de filósofo, historiador o científico: es el de periodista.⁷ En este sentido, me atrevo a decir que si en algo coinciden la mayoría de lectores de Gaziél es en reconocerle –al margen de los aciertos en sus diagnósticos o de los errores en sus tratamientos– su capacidad a la hora de tomar el pulso a la convulsa sociedad de la Cataluña, la España y la Europa de su tiempo.

En uno de los artículos que dedicó a glosar las virtudes y defectos de su oficio, explicó que nunca había querido convertirse en un «escritor taxímetro»: uno de esos columnistas que firman sus textos obligados por un contrato y escribiendo sin ganas, *pro pane lucrando*. En su opinión, lo primero era vivir y lo segundo escribir, pues solo «después de haber vivido algo, parece también natural y hasta delicioso, cuando las facultades existen, contar lo que se vivió». ⁸ Unida a esa praxis profesional, siempre sostuvo el principio deontológico de que la obligación moral de un periodista consiste en ser valiente: en decir esas verdades que nadie se atreve a contar. Como confesó en una carta de 1962 a su amigo Miquel Forteza, si la posteridad le reservaba un modesto reconocimiento, solo pedía que fuese ese:

article de 1934», *Butlletí de la Societat Catalana d'Estudis Històrics*, n.º 24, 2013, p. 576.

7. Eugenio D'Ors [firmado Xènius], «Más sobre la dignidad del oficio de periodista», *La Veu de Catalunya*, 3/III/1906.

8. Gaziél, «Del oficio: el escritor taxímetro», *La Vanguardia*, 6/VII/1928.

con el tiempo, si las tierras catalanas no terminan de perder del todo la personalidad propia y el sentido de la dignidad, los espíritus mejores de nuestra casa se extrañarán y me agradecerán que yo haya hablado tan claro y tan fuerte durante estos años de profunda miseria y abyección espiritual. Hasta se harán cruces por cómo he sido capaz de hacerlo. Ese agradecimiento futuro y tan hipotético es lo único que espero de mi pequeño esfuerzo.⁹

9. «Carta de Gaziell a Miquel Forteza» (10/III/1962), en Gaziell y Miquel Forteza i Pinya, *Epistolari (1909-1963)*, edición de Maria Antònia Segura Bonnín y Albert Bonnín Fiol, Palma de Mallorca, Lleonard Muntaner Editor, 2014, pp. 279-280.

Gaziel antes de Gaziel (1887-1914)

Agustí Calvet Pascual nace en el número 8 de la calle del Mall, en la localidad gerundense de Sant Feliu de Guíxols, un 7 de octubre de 1887, a las siete de la mañana (en su vejez dejará escrito que estos tres sietes le habían marcado para siempre, pues dicha cifra se repite, después, en otras fechas señaladas de su existencia), aunque apenas unos días después se traslada, con el resto de la familia, al 28 de la calle de la Processó, luego llamada de Joan Maragall. Es el mediano de tres hermanos, supervivientes del total de seis hijos que engendraron sus progenitores. El mayor, Enric, nace en 1884 y muere en 1976. Fue licenciado en Derecho y doctor en Farmacia, científico de vocación y profesor de Química, de profesión, además de aficionado y divulgador de la radiodifusión en Cataluña. La pequeña, Josefina, nace –de forma inesperada y accidental– en 1896 y fallece en 1987.

Sus padres, que le tienen con veintiocho años, se han casado ocho antes, cuando ambos contaban veinte. Era aquel, según explica en sus memorias, un matrimonio de conveniencia que empezó de forma regular y se fue estropeando con el tiempo. El padre, Josep Calvet Daltabuit, es el primogénito y heredero de una familia acomodada (el abuelo paterno, Agustí Calvet Serra, había acumulado una importante fortuna), enriquecida con el negocio de la fabricación y el comercio de los tapones de corcho. La madre, Enriqueta Pascual Baguer, es hija y hermana de sendos arquitectos de reconocido prestigio en el pueblo, aunque, no siendo la beneficiaria de la casa, su futuro pasa –si no quiere quedarse soltera– por encontrar un marido con posibles, cuya posición sea de su agrado. Con ese

inequívoco objetivo de no descender de nivel social se casa con un hombre que la corteja y la ama (al menos durante los primeros tiempos), pero del que no está enamorada. Aunque conviven y obtienen una descendencia numerosa, su historia es la de una alianza frustrada: «Mis padres, en realidad, no congeniaron jamás. Eran dos seres antípodas, por carácter, sensibilidad, inteligencia y fortuna. La desavenencia empezó muy pronto y fue creciendo de prisa. Al cabo de diez años la desunión total ya estaba consumada y del calor inicial solo quedaban las cenizas».¹

Tanto el clan paterno como el materno viven arraigados, desde hace siglos, en Sant Feliu de Guíxols: un enclave –entre el mar y la montaña– de alrededor de quince mil habitantes, la mayoría de ellos agricultores y pescadores. Desde la segunda mitad del siglo XIX vive una especie de fiebre del oro, gracias al desarrollo de una importante industria corchera, favorecida por la construcción de un puerto y de una línea de ferrocarril, para abastecer la demanda que llega de buena parte de Europa. Los pingües beneficios derivados de esta actividad propician la aparición de una primera burguesía local, culta y acaudalada. Con ello, aquella villa «republicana y anticlerical»² de la comarca del Bajo Ampurdán, que décadas después pasa a formar parte de la Costa Brava, adquiere los tintes de una pequeña ciudad comercial, con su modesta –pero animada– vida intelectual (llegaron a construirse cinco casinos, con sus respectivas tertulias políticas y veladas literarias) y su cementerio lleno de lápidas escenográficas, representativas del distinto estrato social de sus titulares.

Allí pasa su infancia, durante la cual llega a ingresar en la escuela municipal de párvulos, a los dos o tres años. Es en otoño de 1893 cuando, aburrido de aquel ambiente provinciano, el padre piensa que les conviene un cambio de aires: liquida sus negocios corcheros

1. Gaziel, *Tots els camins duen a Roma: història d'un destí*, Barcelona, Edicions Proa, 2014 [1958], p. 518.

2. Gaziel, *Sant Feliu de la Costa Brava*, edición y prólogo de Lluís-Anton Baulenas, Girona, Diputació de Girona, 2020 [1963], p. 51.

y toma la decisión de trasladar el núcleo familiar a la capital de Cataluña, siguiendo el ejemplo de otros tantos burgueses comarcales que, tras la Exposición Universal de 1888, quedan deslumbrados por el centrífugo poder de atracción que ejerce Barcelona. Ya en la Ciudad Condal, donde son unos perfectos desconocidos, Josep y Enriqueta pueden gestionar con mayor discreción, siempre guardando las apariencias, la consumada ruptura sentimental que se ha producido entre ambos: «Lo que había empezado como un casamiento romántico terminó en conjura de dos asociados, que espiritualmente se odiaban, pero que se necesitaban, materialmente, el uno al otro».³

En un principal de la calle del Bruc, número 5 o 7, se instalan los padres, el hijo menor (que está a punto de cumplir los seis años) y dos mujeres del servicio doméstico: una camarera y una cocinera. La primera víctima del traslado es el hijo mayor, Enric, a quien ni siquiera le da tiempo a ver su nueva casa, pues desde la misma Estación de Francia lo llevan hasta el colegio de Sant Ignasi que los padres jesuitas poseen en Sarriá, entonces en la periferia urbana. Acostumbrado a la paz y la libertad, al aire libre y la brisa marina, el encogimiento y la promiscuidad del piso barcelonés causan al pequeño Agustí la misma sensación que un encarcelamiento. Se acabaron las carreras por las plazas del pueblo y las largas horas en la playa, en compañía de los amigos. Su pena es la misma que embarga a su madre, quien, a pesar de tener treinta años, nunca se ha movido de Sant Feliu. Avezada a vivir en una casa amplia con sus tres plantas y sus diligentes criadas, la estrechez de su nueva morada le resulta opresiva. Las amistades íntimas, las dulces costumbres y la facilidad con la que su existencia transcurría en aquella Arcadia costera: todo lo pierde en aquella mudanza Enriqueta, mientras su hijo «veía cómo ella se derretía de nostalgia».⁴

Pese a la temprana edad con la que vive estos hechos, o tal vez por ello, la marcha del pueblo a la ciudad se graba en su memoria

3. Gaziel, *Tots els camins duen a Roma*, op. cit., p. 518.

4. *Ibid.*, p. 28.

como una expulsión del paraíso. En el libro de recuerdos que dedica a Sant Feliu confiesa haber pasado el resto de su vida con la sensación de «haber sido arrancado demasiado pronto de su tierra natal y sometido a un trasplante doloroso». Asimilada la desgracia, siente que le han quitado los juegos y las cañas de pescar, al mismo tiempo que le imponen –sobre todo a raíz de su internamiento en el colegio– «unos deberes y unas normas de cuartel, uniformado, entre toques de campana, silencios absurdos, cogitaciones penitenciales, comida magra y una soledad horrible en compañía de otros aprendices de robots». ⁵ Aunque es probable que exagere un poco, de todo lo que escribe sobre aquel trance se deduce que la resolución de cambiar de residencia obedece a un egoísta impulso paterno, más que a una consensuada voluntad familiar.

La Barcelona de finales del siglo XIX es una capital moderna y dinámica, en pleno proceso de transformación desde la celebración de su Exposición, en mayo de 1888. Alberga a medio millón de habitantes y acaba de absorber a diferentes poblaciones de su extrarradio como Corts, Gracia, Sant Andreu del Palomar, Sant Gervasi o Sants. Es, asimismo, una urbe agitada y convulsa, en la que los atentados anarquistas con bombas, seguidos de sus correspondientes medidas de represión, generan una permanente conflictividad social. Desde el punto de vista económico es, también, una ciudad manufacturera, rodeada de fábricas, cuyas humeantes chimeneas le confiere un aspecto industrial. Pese a haberse derribado las murallas medievales, la gente sigue viviendo más o menos amontonada, en grandes pisos del casco antiguo, en torno a lo que hoy es el Barrio Gótico. La vida comercial más lujosa se articula alrededor de la Rambla alta y la calle Ferran VII, hasta la plaza de Sant Jaume, mientras que la cultural tiene su epicentro en teatros como el Liceo o el de Santa Creu, más conocido como el Principal. Hay restaurantes, hoteles de categoría y barberías para hombres, pero no hay tranvía eléctrico, automóviles, ni bicicletas: todos los vehículos son de tracción animal. El Paseo de Gracia

5. Gaziel, *Sant Feliu de la Costa Brava*, op. cit., p. 24.

marca un límite imaginario, más allá del cual se extiende el territorio suburbano sobre el que después se construirá el ensanche planificado por Ildefons Cerdà.

Durante los primeros años la vida de los Calvet Pascual es la propia de una familia rica que vive de las rentas: existencia triste y monótona. Mientras la madre permanece en el hogar, el padre se entrega al *dolce far niente*. De vez en cuando invierte en la Bolsa o emprende algún negocio familiar, de vida efímera, aunque la mayor parte del tiempo ejerce como un burgués rentista, sin oficio pero con beneficio. El pequeño Agustí se aburre soberanamente. Sin nadie con quien jugar o pasar el rato, su único entretenimiento consiste en salir a distraerse con la criada a su cargo, con quien suele tomar una «jardinera» o tranvía de verano, abierto por ambos lados, que por diez céntimos da la vuelta entera a la ciudad, con la Ronda Sant Pere como punto de partida y de llegada. Fuera de ese perímetro al que se reduce su paseo semanal, todo es *terra incognita*: campos y huerta, con algunas casas dispersas.

Al empezar el invierno de 1894, pocos meses después de haberse instalado, la falta de aclimatación de la madre, que añora el sol y la brisa de Sant Feliu, provoca que la familia abandone la calle del Bruc y se traslade a un lugar menos céntrico: un entresuelo en el número 72 de la Rambla de Cataluña, esquina con la calle València. Es una casa nueva, en las afueras, donde la luz natural y el silencio generan un mayor bienestar que atenúa la sensación de exilio. También contribuye a ello que todo el edificio esté lleno de tribunas o miradores acristalados, así como el hecho de que las habitaciones den a la Rambla o a una tranquila plazoleta (solo se escuchan los *riperts* tirados por mulas de La Nueva Condal, que tienen allí el inicio y final de su trayecto), en la que se yergue un monumento al poeta y compositor de música Anselm Clavé. Allí vive el matrimonio durante seis años, hasta que el padre decide construir un hotelito familiar en el Pasaje Mercader. Ese mismo año, Agustí ingresa en el colegio Balmes de los Escolapios, situado en el Paseo de Gracia (Gracia es entonces un municipio, todavía independiente de Barcelona), con el objetivo de completar su educación primaria.

Mientras que madre e hijo se consumen, una en la casa y el otro en el colegio, el padre –que está casado, pero como si no lo estuviera– practica la teoría de la clase ociosa, paseando la Rambla de arriba abajo, como pez en el agua, vestido de forma impecable, a la última moda. Es pequeño de estatura, pero tiene porte. Luce un cabello *à la parisienne*, con bigote fino y barba arreglada. No es un intelectual, aunque es un hombre formado que, gracias a la fortuna familiar, se ha educado en Francia e Inglaterra. Como buen melómano, dispone de butacas reservadas en el Liceo, donde le gusta ir a escuchar la ópera y la zarzuela. El día lo pasa de tertulia en tertulia y de café en café, alternando con unos y con otros. Bebe, fuma, lee la prensa y juega al billar. Tanto los laborables como los festivos (que para él son todos los días), come siempre fuera. Cuando regresa al hogar se comporta de forma maniática y compulsiva, pues lejos de cohabitar con el resto, se encierra bajo llave en una habitación-dormitorio, a la que todos tienen prohibido el acceso. A casa no va más que para quejarse, amenazar y montar escenas escandalosas, cuando no violentas. En unas notas autobiográficas que dejó inéditas, Gaziél se queja con amargura del nulo cariño con que los trató a su madre y a él:

Yo no recuerdo haber sentido ni una sola vez el calor de su mano, llevándome amorosamente por calles y plazas, por parques y jardines, durante mis años de infancia. Nunca escuché, ni estando enfermo, su voz encariñarse. Siempre fue, para mí y para los de casa, un juez implacable o un crítico acerbo, de una lucidez hiriente y un pesimismo integral.⁶

De esa doble tragedia, infantil y doméstica, se libra el hermano mayor, que desde los ocho años pasa todo el curso internado, como pensionista, ajeno al drama familiar. Durante las vacaciones de

6. Gaziél, «Notes autobiogràfiques (1887-1909)», en *Obra inèdita de Gaziél*, edición de Manuel Llanas, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2020, p. 30.

verano, madre, hijos y servicio huyen de la ciudad, o bien en dirección a Sant Feliu, buscando la playa, o bien rumbo a la pequeña localidad de Sant Pere de Riudebitlles, en pleno entorno rural. Son tres meses largos en los que pierden de vista al padre, que permanece solo en Barcelona, hasta que Enric retoma sus clases y todo vuelve a la misma rutina.

La única concesión matrimonial tiene lugar los domingos, cuando la pareja y el hijo menor van a los jesuitas de Sarriá, para la visita semanal al otro vástago. Entre los recuerdos de Gaziel figura el de algún día especialmente raro en el que alquilaron un *landeau*, con cochero y «lacayo», para presumir ante la burguesía del colegio, mientras recogían a su hermano. También cuando le llevaban al Frontón Barcelonés, a ver algún partido de pelota vasca; a la plaza de toros de la Barceloneta; o a algún estreno musical, en uno de los teatros de la ciudad. La tortura que, sin embargo, representa para él todo el protocolo aparejado a estas salidas hace que muy pronto desista de ellas y prefiera dedicar ese día a visitar el zoo de la Ciutadella con una de las sirvientas. Ese y el de los trayectos en el tranvía son sus únicos pasatiempos durante estos primeros y largos años de adaptación a la vida barcelonesa.

En el verano de 1889, el 23 de julio, se produce en Sant Feliu el nacimiento de Josefina: una hija no deseada que llega al mundo diez años después de que los Calvet Pascual inaugurasen su peculiar *modus vivendi*, consistente en la convivencia formal de los cónyuges pero en su absoluta separación corporal. Más que una alegría, supone un auténtico contratiempo. El padre, que no veranea con la familia y está en Barcelona, decide no acudir al parto, ni al bautizo. Primero, porque le da pereza el viaje; segundo, porque sospecha que la niña no es suya, sino de su padre, el abuelo Agustí, quien, según esta hipótesis, ha sido demasiado generoso con su nuera cuando esta se quejaba de la falta de atención por parte de su marido. Paradójicamente, el «milagro» de la fecundación y el posterior alumbramiento de la menor de la familia evita la separación definitiva de la pareja, cuya incompatibilidad es casi insoportable. La madre, que es la que más hubiese sufrido con la separación, por ser

la económicamente más débil, encuentra en Josefina la excusa ideal para seguir con la farsa del matrimonio.

Esta anómala forma de vida conyugal tiene, como una de sus condiciones, que los hijos estén lo más alejados posible de casa. Por eso, en septiembre de 1896, sin ni siquiera tener la edad mínima exigida (cumplía los nueve años en octubre), internan al futuro Gaziél en el mismo colegio de jesuitas en el que ya habían colocado a su hermano mayor. Con ello, sus padres cumplen, por fin, el proyecto de vida –quedarse solos y libres, sin la responsabilidad de atender a su prole– que ya traen en la cabeza desde su traslado a Barcelona. En Sarriá coinciden con los hijos de lo más granado de la aristocracia y la burguesía barcelonesas, que ven en aquel tipo de educación reglada una garantía de futuro y una forma de distinción social. Allí pasan los niños nueve meses al año, en un régimen de pensión completa que al pequeño Agustí se le antoja de una severidad espartana: pelo rapado, uniforme de reglamento, comida mala y escasa, instrucción militar, etc. Aislados del resto del mundo, la vida en aquella especie de noviciado consiste en estudiar y rezar, de forma repetitiva e indefinida. Tras seis o siete años de férrea disciplina, «los caracteres salían blandos y como desfibrados, admirablemente pasivos y aptos para seguir ejecutando con fidelidad las palabras de orden recibidas desde arriba, pero sin pecho para guiarse por ellos mismos, sin músculo, iniciativa, ni personalidad».⁷

Aunque hay alumnos que, como su hermano Enric, se acomodan a aquella vida monacal y le sacan provecho, a él le resulta imposible, hasta el punto de que, a finales de diciembre (tres meses después de entrar), sus padres le ven tan demacrado que optan por sacarle de allí. En enero de 1897 lo trasladan al colegio del Sagrado Corazón de la calle Casp, también de los jesuitas, aunque en esta ocasión no lo matriculan como alumno interno, sino en régimen de media pensión: de ocho de la mañana (hora de la misa diaria) a ocho de la tarde. Frente a la sensación de aislamiento que ha vivido en Sarriá, perdido entre la montaña y el bosque, ahora se ve

7. Gaziél, *Tots els camins duen a Roma*, op. cit., p. 99.

sumergido en plena urbe, en un barrio fabril y burgués, inmerso en un continuo ajetreo comercial de carros que vienen y van, llenos de mercancías. Si bien sigue imperando el rigor jesuítico, este resulta más flexible: los colegiales van mejor vestidos, bien peinados y con sus respectivos complementos (relojes, cadenas, etc.), lo que les permite un mayor despliegue de su personalidad. Allí pasa seis cursos enteros y seguidos, desde el llamado «Preparatorio» hasta el quinto del Bachillerato, entre 1897 y 1902.

Ni las asignaturas ni la tediosa forma de impartirlas le motivan lo más mínimo, pero entiende que aquello es una pantomima en la que todos –padres jesuitas y alumnos– cumplen con su papel. Tampoco ayuda mucho a su integración el hecho de que, siendo un colegio religioso, sienta, desde muy joven, una nula atracción por cualquier tipo de manifestación mística. Como demuestra muchos años después, durante su ejercicio del periodismo, su actitud ante la vida es la de un escepticismo ilustrado, defensor del empirismo como única forma de conocimiento:

que me dejen estar plantado en tierra e ir haciendo, que bastante trabajo tengo con intentar encontrarle algo de sentido a este mundo miserable que nos aguanta. Me gusta mirar, palpar. Me gustan los contornos claros. Me gusta sopesar las cosas y que, además de tener peso, sean buenas al tacto. Si no es así, me dan ganas de recoger y de volverme a mi casa.⁸

En contraste con el sopor que le genera la educación reglada, los años del Bachillerato son, también, los de su primer contacto serio con los libros. Es entonces cuando se inicia en los clásicos de la mano de Homero, cuya *Odisea* conoce a los diez años; del *Quijote* de Cervantes, al que llega con doce o trece; de su descubrimiento de la literatura francesa (Paul-Louis Courier, Pascal o Voltaire), a la que tantas veces volverá durante el resto de su vida; así como de su entrada en la literatura catalana, cosa que hace a través de la novela

8. *Ibid.*, p. 183.

La papallona, de un Narcís Oller cuyas memorias literarias prologará –quién se lo iba a decir por esas fechas– varias décadas después.⁹ Así mismo, es yendo al colegio cuando, un día, al atravesar la Rambla de Cataluña por la Gran Vía, divisa la venerable figura de Jacint Verdaguer, cuyos versos tanto le han gustado. En los jesuitas de Casp conoce a algunos condiscípulos que luego se convertirán en amigos, como el jurista Ferran Valls i Taberner, el historiador Lluís Nicolau d'Olwer, el economista Manuel Reventós o el poeta Josep M. López-Picó.

En septiembre de 1902 abandona el colegio de la calle Casp y se matricula en el Instituto General y Técnico de Barcelona (el único de enseñanza secundaria que hay, por entonces, en toda la ciudad), ubicado en un ala del edificio de la universidad, para cursar allí, como alumno oficial, el sexto y último año del Bachillerato. Liberado de la angustia que le causaba la educación reglada por los jesuitas, aprueba todas las asignaturas sin ningún problema y el 30 de junio de 1903, tras superar los preceptivos exámenes, obtiene su título de Bachillerato. Entre medias de todo eso se produce un nuevo cambio de domicilio para la familia Calvet, que en primavera de ese mismo año ha abandonado su entresuelo en la Rambla de Cataluña y se ha trasladado a un chalé en el número 3 del Pasaje de Mercader: un lujo de gran burgués (bajo, tres pisos y jardín delantero) que el padre había mandado construir, para satisfacer sus manías y aplacar sus fobias.

El traslado coincide con el inicio de un período de esplendor –entre 1900 y 1930, aproximadamente– en el que, gracias a su crecimiento demográfico, industrial y comercial, Barcelona se convierte no solo en una metrópoli moderna, sino, también, en una gran capital mediterránea. Durante esos treinta años pasa del poco más de medio millón de habitantes que tenía al inicio de siglo al millón y pico –más de una tercera parte del total de

9. «Carta de Gaziell a Carles Rahola» (15/XI/1927), en Josep Clara, «30 cartes de Gaziell a Carles Rahola», *Estudis del Baix Empordà*, vol. 16, 1997, p. 190.

Cataluña—censado en 1930.¹⁰ Es también un momento de un efervescente ambiente cultural, pues coincide con el período de mayor auge del Modernisme, con figuras tan destacadas como los escritores Joan Maragall, Prudenci Bertrana, Santiago Rusiñol o Víctor Català (seudónimo de Caterina Albert); pintores como Ramon Casas e Isidre Nonell; arquitectos como Antoni Gaudí, Lluís Domènech i Montaner o Josep Puig i Cadafalch. Desde el punto de vista político, el hecho más destacado es, sin duda, la fundación en 1901 de la Lliga Regionalista: el partido hegemónico de la burguesía catalana, surgido de la fusión de la Unió Regionalista y el Centre Nacional Català, que se define como una organización «moderna, nacionalista, conservadora, industrialista y no dinástica», dirigida en sus inicios por los abogados Enric Prat de la Riba y Francesc Cambó.

A ambos les ve Agustí en acción, por primera vez, durante estos años, cuando, recién salido del Bachillerato, empieza a asistir con verdadero fervor a las veladas semiclandestinas del Centre Escolar Catalanista, donde todavía permanece muy vivo el recuerdo de la mítica candidatura «de los cuatro presidentes» (el del Ateneu, el del Foment del Treball Nacional, el de la Societat Econòmica d'Amics del País y el de la Lliga de Defensa Industrial i Comercial), que en las elecciones generales de mayo de 1901 habían sido elegidos diputados por Barcelona en lo que se convirtió en la primera gran victoria del catalanismo político. Aunque los inicios de dicho movimiento se sitúan en el último cuarto del siglo XIX (el también abogado Valentí Almirall había publicado *Lo catalanisme* en 1886 y en 1892 se habían aprobado las Bases de Manresa, primer proyecto de Constitución catalana), su descubrimiento de la política local y regional coincide con estos primeros años tras la creación de la Lliga Regionalista, justo cuando el catalanismo se institucionaliza como una alternativa política, bajo el liderazgo de Prat de la Riba.

10. Josep M. Roig Rosich, «Catalanisme, anticatalanisme i obrerisme, 1900-1930», en Manel Risques (dir.), *Història de la Catalunya contemporània: de la Guerra del Francès al nou Estatut*, Barcelona, Pòrtic, 2006, p. 226.